

un entusiasta de la germanía, y vió apuntada una lanza al pecho micer Roca, que enfermó del susto y salió de la ciudad, hasta parar en Ibiza al lado del virrey, reconciliándolos la común desgracia. Iban quedando solos los jurados, sin tener apenas con quien compartir los cuidados y peligros de tan crítica situación, y menudeaban severas y aun acerbas cartas al obispo Rodrigo Sánchez del Mercado, que en nueve años de llevar el título y gozar las rentas de tal, no había pisado la diócesis sino poco tiempo durante los primeros, dejando escasas huellas de su paso (1): deteníanle en Valencia sus malecillos y su reposo, pues aunque por allí corrían no menores trastornos, no afectaban ni comprometían tan directamente su persona. Á los cumplidos un tanto irónicos, lo mismo que á las amenazas de acudir al pontífice, hacía pago el negligente pastor con buenas palabras y aplazamientos, que no sólo se alargaron hasta después de pacificada la isla, sino ¡cosa increíble! hasta su traslación en 1530; y mal podía suplir la bienhechora influencia del prelado propio un mitrado sin jurisdicción, como el trinitario mallorquín fray Pedro Pont titulado de Cluensa (2). Agravóse la responsabilidad de los gobernantes con la cédula imperial datada en Worms de 30 de Marzo, anunciando ejemplar castigo de los

(1) Tomada posesión del obispado por medio del magnífico Juanote Gual en Abril de 1512, estaba aquí el siguiente año, y no se sabe si fué continua ó interrumpida, corta ó larga su permanencia, pues en Junio de 1519 se hallaba otra vez ausente, y no se sabe que volviera ya, á pesar de haber retenido hasta 1530 esta silla. Es cuanto logró averiguar del obispo Sánchez Mercado el P. Villanueva, que no estuvo afortunado en este período. Tenía aquí D. Rodrigo en 1521 de procurador de la mitra un hermano llamado Sancho. Sosegadas las germanías pasó á Alfaro, desde donde escribe en 1524. Anciano no debía de ser, pues de 1530 á 48 episcopó en Ávila. Apasionado de Cisneros, fundó en Oñate su patria un colegio-universidad.

(2) Hallábase aquí desde antes de 1519, se ignora con qué motivo, y por ausencia del sabio canónigo Arnaldo de Albertí hizo luego las veces de inquisidor. Más á menudo que por su título, de no conocida correspondencia, se le nombra por el genérico de *Gracia*, que se ha pretendido interpretar por propio de localidad, refiriéndolo al de Grasse, obispado francés rayano de Italia cerca de Niza, y perdiéndose en conjeturas los autores del tomo LI de *la España Sagrada* por no haber tenido presente que algunas veces son llamados en general obispos de *gracia* los titulares, sin especificar las iglesias representadas.

desmanes y movimientos populares, y exhortando á los fieles á proceder en todo acordes con el lugarteniente general, que en carta de 31 de Mayo desde Ibiza recomendaba la pronta y completa sumisión, no sin recordar lo que en Castilla acababa de seguirse, y lo que en Valencia se esperaba. La irritación del pueblo no tuvo límites, al divulgarse en los primeros días de Junio el contenido de las cartas: los más avisados, por no incurrir en sublevación abierta, las daban por apócrifas y dirigían contra determinadas personas, dándolos por forjadores de ellas, el ciego furor de la crédula muchedumbre; otros echaban la culpa á Gurrea, que interpuesto entre los súbditos y el soberano ignorante de todo, falseaba noticias y órdenes á su sabor; los más descabezados, sin curarse de si eran ó no auténticas, vociferaban á lo salvaje que el rey no era sino un hombre y Mallorca algo más que aldea, que habría de venir en persona á conquistarla, que de otros reyes habían ya dado cuenta los mallorquines, y retos por el estilo. En las villas donde se mandaron notarios á presentar estos edictos, no tuvieron mucho mejor acogida, y en Manacor el comisionado no evitó la muerte sino con la fuga.

Desde entonces se declaró con más viveza la división de ánimos y se deslindaron los campamentos: los rebeldes, obligados á soltar la máscara, se endurecieron en su rebeldía; los leales, cobrando certidumbre y aliento, se afirmaron en su lealtad: la neutralidad se hizo imposible. Por piedra de toque para discernir de partidos tomóse la *quitación*, la inocente y aun plausible quitación, que recta y legalmente establecida debiera redimir de su opresión la universidad, y que por los desórdenes y violencias y despojos á que daba margen, oían sus adoradores con escándalo calificar de *diabólica y abominable* á miles de *tiznados* (1), cuyas viviendas se marcaban con tizne para indicar

(1) Así es de traducir la palabra *mascarats* derivada de *maskara* ó tizne, y no *enmascarados*, que procede de bien distinta idea. El mote vino de Valencia.

su resistencia á pagar las cuotas exigidas. Pronto el mote se generalizó á los caballeros ú hombres *de bienes* (1), que formaban gran parte de los censalistas de la consignación y á cuyas administraciones se imputaban los crecientes gravámenes, á respetables eclesiásticos y procuradores de comunidades interesados como perceptores en los aludidos censos, á acaudalados mercaderes enriquecidos bien ó mal en acopios de trigo, á jurisperitos de impopulares antecedentes ó esquivos en dar arriesgados consejos, á notarios ó curiales tildados de amañadores de enredos ó encariñados con añejos abusos. Los más no aguardaron á que el insulto se convirtiese en proscripción y la proscripción en matanza: retiráronse unos á sus haciendas, otros se metieron en sus iglesias ó en sus casas, muchos por más recelosos ó amenazados pusieron la mar de por medio, emigrando á Menorca, á Ibiza, á Barcelona. No iban empero tan compactas en ideas é intereses las clases, que siguieran unánimes un mismo bando y que en todas no existiesen divergencias: más de un noble ó ciudadano se prestaba á admitir cargos y oficios de la revolución por buena intención de amansarla ó por temor de malquistarse con ella, cuando no por afán de figurar ó de saldar atrasadas cuentas; más de un letrado tiraba adelante por celo del bien público según decía, ó por complicidad según sus émulos; más de un procurador sin clientela se arrogaba la del pueblo para ahuyentar á sus compañeros y apoderarse del botín. Entre los artesanos, por otra parte, en cada oficio, había hombres denodados que resistían á la desbordada corriente, voces animosas que protestaban de su fidelidad, arrostrando la indignación de los que les acusaban de vender insensatamente su propia causa. Qué más! en el seno de la familia, en el hogar doméstico reñían, embestíanse, se delataban, hermanos con hermanos, hijos con padres, padres con hijos, las mujeres azuzaban á éstos y á sus esposos, sobreponíase á la voz de la sangre el

(1) Es la verdadera traducción de *homes de be*.

odio de partido. La moderación y la prudencia eran desconocidas, á no ser en el clero, donde no vemos surgir en éste, como en otros alzamientos, ni democráticos tribunales ni fuertes propugnáculos del trono; sino discretos y piadosos mediadores que con caridad igual hacia todos reservaban para extremos trances su influencia.

La efervescencia política fué subiendo con el calor estacional. En cada esquina se hacía corro un orador con ademanes y tono de fraile, inflamando la pasión y excitando al desorden; alternaban las blasfemias con fanáticos desvaríos, corrían coplas de circunstancias, comentábanse misteriosas profecías de trastornos y matanzas (1), presentábase inmediata una era en que había de desaparecer del mundo la nobleza para señorearlo todo los menestrales. Ya se antojaban paliativos todo lo que no fuese un degüello general y un repartimiento de bienes (2). Las armas, cada día revistadas en alardes, y á menudo ejercitadas en el Borne caballerescamente en juegos de sortija, no podían

(1) La más famosa entre las profecías era la del conocido fray Anselmo de Turmeda, que llamaban de *la tresca y la verdesca* por unos versos que dicen: *Sobre la torre—en la verdesca—será la tresca—de la batalla*. Aplicábanse á los tumultos contemporáneos de la isla los vagos y grandiosos rasgos por el errante franciscano referidos al gran cisma de Occidente y á las conmociones europeas de fines del siglo xiv y principios del xv: fijábanse principalmente en aquellos: *cové se spanda—al puig de Randa—la sanch beneyta—per la maleyta—furor del poble*; y mezclando recuerdos de la derrota de Jaime III en Lluchmajor con no sé qué pérdida anunciada de un rico-hombre aragonés, se aventuraban á pronosticar á Guirrea un desastre: *en cella terra—pe'l poch linalje—lo gran paratje—rebrá ofensa*. Otras enérgicas frases añadían por el estilo: *toca n' Aloy sobre la sanch dels peccadors*, y que *havian de venir moltes velas*, y que *la costa de la Seu havia de correr de sanch*, y que *las donas de bé s' havian de embarcar y metre's en aigua fins á las mamellas*, procedentes acaso de otras profecías como la de Santa Brígida y de Bernardo de Mogoda, que tal cual hoy existe es más bien de aquel tiempo que del siglo xiii según se supone. Habían llegado aquí también los rumores del rey Encubert de Valencia. Coplas empero no se han hallado hasta aquí ninguna de las que se sabe leían y vendían por la ciudad el sombrerero Rafael Crespí ó el jabonero Dionisio Silvestre.

(2) *Una nit assegut ab altres á la siquia de Sant Miquel*, cuenta de cierto tejedor de lana un testigo, *deya: «vuy mal, demà mal, ¿no valdria mes degollar ho tot tostinas y que 'ns partissem los bens? pero jo 'n voldria ma part que no anassen á germá major.*

estar por mucho tiempo reducidas á vano lucimiento en manos que nunca las soltaban y cuyos furores y apetitos se brindaban á secundar. El orden estaba á merced de una reyerta, de una corrida, de un grito: una chispa sobraba para inflamar los combustibles acumulados. Díjose que se conspiraba en el castillo de Bellver, y que con algunos caballeros allí acogidos por el alcaide Pachs habían penetrado ciertos malhechores ó bandidos con objeto de formar contra el movimiento un núcleo de resistencia: esto bastó para intimar al ex-lugarteniente que fuesen entregados. Negóse el pundonoroso castellano, y no tardó en ver tumultuosos grupos trepar por el cerro en actitud bien diversa de la de cuatro meses atrás, cuando iban á rogarle con el mando. Guiábalos el bonetero Pascual Rosselló, uno de los siete capataces, y hasta las mujeres tiraban de las bombardas, que empezaron á disparar certeramente contra los muros circulares, y no fué menester apelar á la tortugá que alguno proyectaba arriamar: no se prestaba al asalto la fortaleza, y heridas y aun muertes costó á los sitiadores el intentarlo; pero ardieron las puertas, y derramándose por el recinto ensañóse la sedienta turba con aquellos pocos defensores. Cayó Pedro de Pachs, y envaneciése más de un miserable de haber sido su matador; á Nicolás su hermano, entonces almotacén, inmoló un malvado zapatero; murieron Mateo Net, Pedro Spanyol Çavila con su hijo, un libertado de éste llamado Juan Peix en cuyo cadáver se probaba la punta de los aceros, y varios escuderos y siervos, que era toda la banda negra reclutada por los infelices refugiados. Algunos furiosos empapaban en sangre sus pañuelos; los más se entregaron al saqueo, robando víveres y ropas de que iban una y otra vez cargados á la ciudad, ó descubriendo escondrijos donde habían guardado aquellos sus alhajas y caudales, con que en breve tiempo se hicieron ricos y engalanaron á sus mujeres. Quedóse de alcaide como por derecho de conquista el Pascual Rosselló con algunos guardas á nombre del pueblo, que como señor de la tierra, decían, había de serlo también de las fortalezas.

Al anochecer de aquel sangriento día, 29 de Julio, el populacho ebrio, sudoroso, sin poder más con el botín, tropezó en las calles con una procesión de fieles ordenada por virtuosos sacerdotes, tales como el capiscol; el canónigo Abrines y el fraile que llamaban de Alcudia fray Antonio de Ávila, fundador del eremitorio de la Victoria más adelante, implorando misericordia más de Dios que de los hombres; rempujéronla brutalmente los expedicionarios y la disolvieron con roncós gritos de que no era tiempo de misericordia. Alguno murió del sofocón: de pesar y de vergüenza debía haber muerto entonces el instador Crespí, como en caso análogo el valenciano Juan Lorenzo, mostrando que si bien imprevisor era honrado, y que no le costaban menos que la vida los atentados que ya no podía refrenar, mejor que consentirlos sin lograr con esto salvarla. No consta medida alguna de represión, ni aun de parte de los jurados; antes al contrario requieren éstos en 3 de Agosto al procurador real Francisco Burgués á desocupar el castillo de Santueri, único de los tres roqueros de la isla que se mantenía por el rey, y á presentarse desde luego á calmar los recelos de que se forme allí algún concierto contra la germanía, antes de que acudan á batirlo la ciudad y las villas en masa con estrago parecido al de Bellver. No hizo caso el noble alcaide, y el castillo enclavado en término de Felanig se mantuvo bajo fiel custodia, no tan estrechamente bloqueado que no se proveyera de víveres y municiones durante muchos meses (1), hasta que acordaron los revoltosos ciudadanos con los del vecino pueblo poner á prueba la robustez de aquellos muros.

Si mayores empresas no acometieron las huestes gremiales, no fué por falta de organización ni de ejercicio. Cada decena tenía su cabo, y cada diez formaban cincuenta al mando de

(1) Curiosas notas transcribe el paborde Jaume del gasto diario que traía el presbítero Pedro Isern para la guarnición de Santueri, compuesta de once hombres y tres sirvientas, cuya totalidad, incluso salarios, obras y pertrechos, no bajó de 1268 libras.

otro superior que en adhesión había de ser á toda prueba: las compañías, por oficios y por parroquias, seguían á su alférez y á su capitán, que en la defensa de las puertas y torres de los muros tenía asignado su sitio, y á cuyas órdenes se pusieron más tarde para mayor seguridad los contingentes de las villas, ora acudiesen estos á la ciudad, ora fuesen allá dichos jefes á levantarlos y aguerrirlos. Dolíanse los sublevados de hallarse reducidos á la menestralía, sin apoyo de los colegios de notarios y mercaderes, principales elementos de la clase media, que reglamentados lo mismo que los gremios desde el armamento de 1515, dejaron después de la insurrección de parecer en las revistas, y aun obtuvieron mandato de que nadie con ellos se entrometiera: y un día, no se sabe con qué ocasión, reunidos en gran número dentro de la magnífica Lonja los de ambas profesiones, se alborotaron las oleadas de la muchedumbre al rededor del monumento, no secular todavía, para obligarles á salir con banderas y tambores de su retraída conducta. Descargaban las hachas sobre las rejas de portales y ventanas, y algunos barrotes hicieron saltar, faltando poco para emprender allí á escopetazos una cacería sobre los acorralados junteros, derribado ya cadáver Perote Armengol y heridos otros. Gracias á que conjuró una general matanza la aparición del lugarteniente Sant-Johan y del vice-regente Berenguer Sbert, á quien como *bueno y virtuoso* había indicado micer Roca por suplente al ausentarse, si no fué más bien la del consabido abogado del pueblo, el cual penetrando en el edificio al lado del segundo, mientras en la plaza el primero no bastaba á contener el tropel armado, logró hacer oír sensatos consejos á sus difíciles clientes, que para apaciguarse exigían recoger las armas á entrambas clases sospechosas. Quebrantado con el esfuerzo debió de conocer micer Gual su prestigio, ó serios y próximos peligros entrever, pues en 30 del mismo Agosto acude á descargarse de la forzosa comisión que le impuso el virrey Gurrea de aconsejar y defender al instador y electos populares, y que con firmeza y lealtad

dice haber venido cumpliendo, no permitiéndole ya continuar los excesos que sin consultarle y aun á pesar suyo cada día se cometen, y obligándole á marcharse por vía de protesta. Niégase el lugarteniente por consejo de Sbert á admitirle la renuncia, ya ofrecida durante la regencia de Roca, considerándola funesta al sosiego público y al servicio de S. M. que mantiene tan á riesgo de su vida el animoso consejero.

Apresurábanse los sucesos. Seis días más tarde, á 5 de Setiembre, reunida la trecena, escuchaba el postrer consejo de micer Juanote, que se dejasen de *fantasías* de comparecer en la corte por procurador, sino que fuesen en persona, ya que tan benignamente eran llamados, como trataba de hacerlo él mismo, á dar cuenta de sí ante el cardenal Adriano ó el condestable de Castilla ó D. Miguel de Gurrea ó quien quiera fuese el encargado de recibir sus homenajes, mostrando no haberse apartado, á pesar de sus pasajeras conmociones, de la obediencia al soberano: y este consejo, que equivalía á la abdicación y sometimiento absoluto, llegaron á aceptarlo, no sólo Juan Crespí, sino Bartolomé Coll, Jorge Moranta, Juan Carbonell albartero, Pedro Cardils de Buñola, el mismísimo Juanote Colom, trecenero ya como los anteriores. El asombro, la violencia, la desesperación de las masas, luego de divulgado el acuerdo, y más al siguiente día después que la noche dió lugar á soliviantarlas, son más de concebir que de pintar faltando los detalles: cundió el grito que el instador y el pérfido abogado trataban de vender el pueblo, y ni al uno ni al otro hubiera sido muy seguro dejarse ver por la calle. De micer Gual, que el día 7 insistía aún en dimitir á fin de poder acudir al real llamamiento, consta haberse contentado con la licencia que se le otorgó para embarcarse, abandonando la clientela de que no se le quiso exonerar: del infortunado Crespí no se sabe si continuó todavía por algún tiempo en el ejercicio de su vacilante autoridad, por qué grados la fué perdiendo ó por qué brusca crisis fué arrojado de ella, y cómo se la hizo suya por preparado manejo ó por temerario

arranque el audaz bonetero, conforme de pronto al parecer en el desarme y disolución de la germanía, y luego saltando por encima de su impopular compañero para recoger la bandera que se le escapaba de la mano.

Atravesamos un período de cuarenta días ó poco más, hasta entrada la segunda mitad de Octubre, oscuro por falta de actos oficiales y documentos, pero fecundo seguramente en hechos y peripecias, durante el cual se obró el tránsito que tienen las revoluciones todas de su primera á su segunda parte, de las teorías á la práctica, de la siembra á la cosecha, de las reformas pacíficas á las medidas de terror. Crespí fué preso, ignorándose si á este paso precedió su destitución ó su renuncia, su conato de fuga ó su ocultación, y de igual suerte participaron algunos camaradas suyos de oficio ó de *trecena*. «Á él le pasaron al castillo real, donde oprimido de grillos y cadenas estuvo muchos días, hasta que llegó el último en que alevosa, aunque no indebidamente, le degollaron sus mismos parciales los Coloms (1).» Francisco, el sanguinario hermano de Juanote, fué quien penetró en la torre del Ángel para inmolarle; ayudóle el curtidor Antonio Binimelis. El día, no recuerdo por dónde, se me antoja que hubo de ser el 16 de Octubre: la fantasía queda por desgracia en libertad de trazar las circunstancias de la escena. Asesinato ó ejecución, no se sabe que la acompañasen otras: aquel moderador y si se quiere honrado grupo, el treceño Miguel Obrador, los pelaires Pedro Font, Antonio Juan y Bartolomé Osona, Antonio Amer hijastro ó yerno de Crespí y el amigo íntimo de éste, el maestro Steva, ambos plateros, des-

(1) Es singular que á un escritor forastero, al cronista Sayas en sus anales de Aragón, debamos acerca de este importantísimo hecho más luz que á ninguna de nuestras historias, noticiarios ó documentos. He reunido no obstante suficientes datos para poderlo aseverar, ya que no para referirlo cómo fué, quedando indiscutiblemente sentado que Crespí sucumbió víctima de Colom, y que en las respectivas apoteosis que les dedicaron nuestros modernos partidos locales, trocaron los frenos lastimosamente.

aparecieron temblando para escapar de riesgos no menores que los que corrían los leales de siempre.

En 25 de Octubre aparece ya como instador nuevamente creado por todo el pueblo mosén Juanote Colom, rodeado en el vasto refectorio franciscano de los electos y cabezas de gremios (no se habla ya de *trecena*) y de los de la parte forense, mandando proceder desde luego á una derrama general entre los habitantes de la isla, cuyo producto cada lunes debían centralizar en la ciudad los clavarios de las villas, ínterin se arreglaban las cuotas á la estimación de bienes pendiente á las horas. Hallábanse suprimidos desde 12 de aquel mes los derechos establecidos sobre vino, carne, sal y ante todo sobre la molienda, habiéndose roto con grande algazara las medidas, y salido á pregonar la buena nueva por los pueblos el mismo Colom en persona seguido de oficiosa cabalgata; y no podía quedar desatendida y sin recursos la *santa* quitación, mayormente cuando se trataba de efectuarla, no ya por grados y con el residuo de los censos, sino de golpe y de raíz mediante la devolución de las cantidades oneradas. Adhirieron con transporte á la idea las villas todas, menos Alcudia, cabalmente la única por contigua al mar fortificada, cuya excepcional actitud mal se comprendiera, y más teniendo en cuenta el carácter y antecedentes de sus vecinos que en los disturbios de 1450 y 1463 habían tomado bien señalada parte, á no hallarse entonces enseñoreados de sus voluntades como de sus murallas los caballeros, que allí afluían acosados por todas partes y hasta inseguros en el retiro de sus quintas. Esparcióse voz de que la población disidente hacía gala de subastar los impuestos abolidos, y tapiaba sus portales aperciéndose á la resistencia; y en el momento se le cerraron por tierra los pasos, y por mar las comunicaciones con Menorca, y á los refugiados toda esperanza de socorro ó de reunión con la familia: hombres apostados en la torre de Vernissa ó salidos de Pollensa prendían sin distinción de sexo ni clase al viajero que allá se dirigiera. Grande al par de la sor-

presa fué en la ciudad la cólera de los agermanados; y el nuevo procurador del pueblo Jerónimo Ferrer, que desde este momento eclipsa á Romaguera, reclamó inmediato remedio contra los rebeldes temerarios, acusando sin rebozo de connivencia con ellos la lenidad del lugarteniente, y en la puerta de San Antonio se dispusieron á marchar las bombardas: pero dejése antes tentar la vía de la negociación al jurado menestral Rafael Arnau, quien presentándose con tres electos (1) á las puertas de Alcudia el 4 de Noviembre, obtuvo al otro día cortés pero sentida respuesta de que ningún interés ni propósito tenían de estorbar la quitación, en cuanto no hubieran de apartarse de la obediencia y fidelidad á su rey y señor en cuyo servicio protestaban morir, y que no pedían sino que se retirase aquel cordón con el cual se les ahogaba más inhumanamente que pudiera hacerlo Barbarroja. Replicó el jurado que no se extendían á tanto sus poderes, y á instancia del implacable Ferrer vino otra orden de que so pena de mil libras evacuasen dentro de tres días la plaza los hombres así de honor como de otros estamentos, que la habían tomado por asilo; á lo cual, aparte de la contestación personal de micer Pedro Juan Sa-fortesa «que llamamiento tenía del emperador, al cual solamente la salud le había impedido acudir aún, sin reconocer en nadie facultad de estorbárselo,» repuso en cuanto á los restantes el hidalgo municipio que no le permitían entregarlos las sagradas leyes de la hospitalidad ni el fraternal amor de paisanos y súbditos comunes, por cuya salvación tenía deber de mirar todo legítimo representante de S. M., en lugar de abandonarlos al ciego furor de sus enemigos.

Seis mil hombres á pie y á caballo, entre ciudadanos y de varios pueblos, amenazaban convertir en día de estrago para Alcudia la fiesta de San Martín, venerado en legendaria cueva dentro de su término; y para asestar á los adarves cuatro sa-

(1) Eran éstos el ex-trecenero Bartolomé Coll pelaire, Pedro Prexana jefe ó mayordomo de los cortantes y Guillermo Seguer de los cinteros.

res, una culebrina y una gran bombardas que consigo traían, sólo faltaba la intimación definitiva de mosén Pedro Juan Albertí y micer Antonio de Verí, sustituto aquél del lugarteniente y del regente el segundo, los cuales, si bien en unión con mosén Guillermo des Mas jurado ciudadano y con los canónigos Gual (Miguel) y Salom tomaban el carácter de medianeros, mandaron al baile y jurados de la villa con tono de autoridades, en la conferencia tenida fuera del portal de *Mallorca*, firmar la quitación, echar á sus huéspedes y admitir guarnición de doscientos agermanados. Rechazadas no sin desdén las dos últimas condiciones, rompieron el día 12 las hostilidades, talando campos, derribando cercas, incendiando seis molinos de viento, pasando á degüello reses mayores y menores, y disparando hasta de noche la artillería. Por no autorizar con su presencia tamaños excesos, alejaronse del sitio los gobernantes, expidiendo órdenes desde Inca á uno y otro bando para suspender la lucha, ínterin pronunciaba el fallo mosén Albertí, que fué el 14, en términos que, si bien especiosos en cuanto á las razones que alegaba para disponer la vuelta de los refugiados á la ciudad, y abundantes en promesas de indemnidad más que en sólidas garantías, daban sobrado por el gusto á los sublevados tocante á la entrega de las llaves y al pago de las costas que á los alcudianos se exigía. «Setecientos ó más hombres nos sobran, dijeron éstos, para guardar la villa por nuestro soberano, de quien ó del capitán por él nombrado, como de plaza de guerra, son las llaves que reclama su señoría, y puede excusarse de meternos esos doscientos escogidos defensores que en vez de custodia servirían para sangrienta división y ruina.» Protestaron de nulidad contra la inicua sentencia, y sin llegar ya el caso de que vinieran de Lluçmajor los diez y seis prohombres elegidos en consejo de la misma para ver de procurar entre las dos partes algún medio de avenencia, agradeciendo la sana intención de ésta y cualquier otra tentativa, todo lo esperaron en adelante de su aliento y su constancia.

Buena sazón ésta en verdad para restablecer en Mallorca el